

EL UNAMUNO AGONICO Y EL «SENTIDO DE LA VIDA»

POR

ANGEL ALCALA

I

El título que antecede a estas páginas, por referirse a un Unamuno «agónico», presupone obviamente la existencia de otros Unamunos; al menos la de un Unamuno más. Esta declaración previa resultaría superflua si se tratara de cualquiera de los mortales, ya que constituye un tópico, si bien dolorido y sangrante, la alusión a la íntima escisión espiritual que todos, por ser hombres, sentimos de una forma más o menos consciente y coherente. Para todos los hombres, precisamente por serlo, y no sólo para el aparentemente olímpico Goethe que lo escribió, vale aquello de las *zwei Seele*, «las dos almas que habitan en mi pecho». Pero, paradójicamente, al tratarse de un hombre tan complejo como este segundo gran don Miguel de las letras hispanas (1), se había insistido hasta hace bien poco tan sólo en una de sus «almas»: se había formado la leyenda y el mito del Unamuno agónico, abismático, luchador, acongojado, con detrimento de la enorme riqueza y variedad de su espíritu y con el consiguiente prejuicio que impedía ver en él lo que no fuera trágica milicia por salvar su inmortalidad personal, su fama y su conciencia.

Otros Unamunos, o al menos uno más, nos han sido presentados en los últimos años (2). Nos pareció entonces una fascinante revelación ese descubrimiento; hoy esa dualidad, tan patente en la larga producción literaria de don Miguel, nos es ya tan familiar que nos resulta increíble que se hubiera desconocido o preterido durante tanto tiempo. Habían sido olvidadas confesiones espontáneas tan contundentes como la contenida en su «Conversación primera» entre él y un 'amigo' que no es sino su mismo 'alter ego':

(1) ¿El segundo o el cuarto? Recuérdese que Antonio Machado habla de que sería conveniente nombrar al Arcángel San Miguel Patrono de España, por haber llevado su nombre cuatro grandes españoles: Miguel Servet, Miguel de Cervantes, Miguel de Molinos y Miguel de Unamuno, cfr. *Hora de España*, núm. 3, 1937, pp. 5-12.

(2) Se alude, desde luego, al espléndido libro de CARLOS BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, México: El Colegio de México, publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica, V, 1959.

Llevo dentro de mí, y supongo que a usted le ocurrirá lo mismo, dos hombres, uno activo y otro contemplativo, uno guerrero y otro pacífico, uno enamorado de la agitación y otro del sosiego (3).

o la de aquellas líneas de su primer libro de versos, *Poemas*, de 1907:

y con rabia de hermanos se desgarran
en mi mis ímpetus.
Dentro, en mi corazón, luchan dos bandos,
y dentro de él me roe la congoja
de no saber dónde hallará mañana
su paz mi espíritu.

Quizá de no haber pasado por la terrible crisis religiosa de la primavera de 1897, en la que intentó recuperar la fe religiosa y no pudo, no hubiéramos contado sino con un Unamuno, ocupado en desentrañar su yo contemplativo y en analizar las corrientes vitales, tanto personales como colectivas, que él llamaba «intrahistoria». Pero, «a partir de su crisis su obra cambiará de signo y lo que Unamuno hará, más bien, será (en contraposición con su *En torno al casticismo* y su gran novela *Paz en la guerra*) levantar guerra sobre la paz, 'fragor y estruendo' para ocultar el rumor de 'las aguas eternas', las de abajo de todo, porque —como él mismo dice— 'la paz es terrible'» (4).

Dos Unamunos, pues, al menos, se van alternando a lo largo, ancho y profundo de su agitada vida: el agonista y el manso, el de la lucha interior y el de la paz del alma. Por una parte, el «yo-plenitud de plenitudes», el «yo con apetito de divinidad», que insiste en «querer ser siempre y en querer serlo todo en todos»; el yo espontáneo y exuberante de vida que tiene plena confianza en sí mismo; el yo quijotesco, arrebatado idealista que guerrea «contra esto y aquello», ostentoso, imponente, abrumador. Por otra, el «yo-vanidad de vanidades», el «yo del anonadamiento», el que prefiere dejarse ser a luchar por una personalidad histórica; el yo de voz apagada, gris y difusa; el yo resignado y estoico: ese arrebatador Unamuno de excelsa y plácida poesía en la cual se refugian sus agonías cuando sufren de desaliento y cansancio en la brega (5). Dos Unamunos: frente a *Del sentimiento trágico de la vida*, a buena parte de sus ensayos breves, de su teatro y de sus «nivo-

(3) Citado por BLANCO AGUINAGA: *Op. cit.*, p. 33.

(4) A. SÁNCHEZ BARBUDO: *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1959; p. 50.

(5) Algunas de las acotaciones que preceden están tomadas de textos de libros o ensayos de Unamuno, tal como hace P. H. FERNÁNDEZ: *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*, Madrid: Editorial Mayfe, 1966, pp. 33-36 y 59-67. No valen para nuestra finalidad, sin embargo, los excesivos conceptismos y clasificaciones de éste, por otros conceptos, muy valioso trabajo.

las», esa pequeña grandísima novela que es *San Manuel Bueno, Mártir*, esa gran sinfonía de *El Cristo de Velázquez* (¿por qué titubear aún en calificarla sin rodeos como el mejor poema religioso de la literatura española desde San Juan de la Cruz?) y, con la mayor parte de sus poesías, el póstumo *Cancionero. Diario poético* (6).

Desde luego, Unamuno, que no fue claro, ni se esforzó por serlo en muchas cosas, tampoco alcanzó a serlo en ésta, sobre todo en lo que concierne a la expresión de su tensión religiosa. Muchos textos suyos se prestaron a crear la impresión, que satisfacía más su gigantesca vanidad, de un Unamuno siempre y sólo en trance de agonía:

No me prediques la paz, que le tengo miedo. La paz es la sumisión y la mentira. Ya conoces mi divisa: primero la verdad que la paz. Antes quiero verdad en guerra que no mentira en paz... Busco la religión de la guerra, la fe en la guerra (7).

Si estas y tantas otras palabras de innumerables textos paralelos podrían llevar al engaño de aislar exclusivamente un Unamuno agónico, habría que recordar qué es lo que él busca como 'su religión': «la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva... y esa lucha es mi esperanza y mi consuelo» (8). Ahora bien, como a continuación nos explica, la «verdad en la vida»—o acaso mejor, *la verdad de la vida*—es «la sinceridad», la conciencia insobornable del «hombre de carne y hueso». La verdad de la vida es que «todo pasa: tal es el estribillo de los que han bebido en la fuente de la vida, boca al chorro, de los que han gustado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal»: «nada es seguro, todo está en el aire» (9). Y «la vida en la verdad»—mejor, acaso, *la vital verdad*

(6) Siempre hay que tener presentes las dos crisis espirituales más importantes en la vida de Unamuno, la de 1897 y la de 1925, en Francia. Nada hay que añadir por nuestra parte a lo tanto que sobre ella se ha debatido. Nos parece claro lo que uno de sus últimos biógrafos comenta: que «aquella fue una crisis metafísica y ésta sólo psicopatológica»; es decir, de la autenticidad de su personalidad y del papel que, como tal, estaba desempeñando en la sociedad y las letras españolas. Cfr. E. SALCEDO: *Vida de don Miguel*, Salamanca: Anaya, 1964; p. 437. Por otra parte, por la importancia que en este nuestro estudio se atribuye a la poesía de Unamuno, vale la pena recordar las fechas de publicación de sus libros de versos: *Poesías*, en 1907; *Rosario de sonetos líricos*, en 1912; *El Cristo de Velázquez*, en 1920; las *Visiones rítmicas de sus Andanzas y visiones españolas*, en 1922; *Rimas de adentro*, en 1923; *Teresa*, en 1924; *De Fuerteventura a París*, en 1925; *Romancero del destierro*, en 1927, y, por fin, el póstumo *Cancionero. Diario poético*, escrito entre el 26 de febrero de 1928 y el 28 de diciembre de 1936, tres días antes de su muerte, transcrito y publicado por don Federico de Onís, Buenos Aires, Edit. Losada, 1953.

(7) *Mi religión y otros ensayos breves*, «De la correspondencia de un luchador», Madrid: Colección Austral, núm. 299; p. 23.

(8) *Mi religión...*, «Mi religión», edic. cit., pp. 10 y 12.

(9) *Mi religión...*, «Verdad y vida», edic. cit., p. 16, y *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Colección Austral, núm. 4, pp. 9, 30 y 93. Resulta curioso comprobar cómo esa preciosa frase, «boca al chorro», vuelve a ser empleada mu-